

El Pasado que Muere

Por MIGUEL H. ESCUDER

ES esta una pequeña historia de amor. Mejor dicho: es un pequeño episodio de amor en el que hay sonrisas y lágrimas. El dolor apenas asoma en el rostro de los protagonistas. Es un drama de almas sin un grito, sin una protesta, y, también, sin un beso. La carne no vibra herida. En el corazón escarba la uña cruel de la Fatalidad. Una canción alegre que se quiebra en un sollozo... Unos brazos amantes que al cerrarse en círculo de fuego encuentran el vacío... Una sonrisa que se desvanece y una esperanza que se va...

ESCENA PRIMERA

ENRQUETA y Luisa. Madre e hija. Treinta y seis y diez y siete años. Un día de otoño y una mañana de primavera. La mujer como fruta madura y el capullo que empieza a abrirse en flor de trópico. Ambas bellísimas. Enriqueta no ha perdido sus encantos. Un tanto gruesa, con una que otra hebra de plata en el cabello y una que otra arruga en las sienes, tiene en su hija, salva la fatal diferencia de edades, un vivo retrato. Luisa es gallarda, morena, de ojos negros y labios rojos. Tal cual debió ser Enriqueta a los diecisiete años. En una hay la gravedad inconfundible de los que han sufrido. En la otra hay la quieta sonrisa, apacible y dulce, de los que esperan la buena hada de los cuentos infantiles. Y, sin embargo, la gravedad de Enriqueta, en la noche en que se desenvuelve la acción de este episodio, se ha esfumado dando paso a una inquietud de mujer alegre e impaciente, de novia y de niña... Y la quieta sonrisa de su hija, se ha tornado en vaga sonrisa de piedad y dulzura, en la tenue sonrisa de la madre que aguarda para su hija un acontecimiento inminente y maravilloso, muchas veces soñado en las veladas tranquilas del hogar, junto a la encendida lámpara de luz amable...

Luisa termina de componer un ramo de rosas en un jarrón de porcelana chinesca. Enriqueta la observa atenciosa. Luego exclama:

—Sí, eso es. Las rosas quedan allí muy bien. Tienes buen gusto, hija mía. Oye: arregla ese florero de encima del piano. Sí. Un chiquito más a la derecha. Muy bien.

Y mirando en derredor:

—Ahora... es la misma sala que hace veinte años.